

II Certamen María Zambrano

**El reloj de Treblinka,
o Del malestar óptico**

Agustín González Cano

Abril 2012

Lo atroz de las figuras de la pesadilla, ¿no está en su falsedad? Su horror incomparable, ¿no es el horror de sabernos bajo el poder de un proceso alucinatorio?

J.L. BORGES

1.

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el reloj de Treblinka.

2.

El reloj de Treblinka es un reloj pintado, un círculo dividido en doce secciones. Tiene dos manecillas inmóviles. No hay maquinaria en su interior. Es un reloj falso, un simulacro.

¿Qué hora marca interminablemente el reloj de Treblinka? Richard Glazar, uno de los escasos supervivientes, afirma que las seis, verticales. Otros testimonios, igualmente inverificables, apuntan a las tres, con su ángulo recto: la hora que dibujaría un niño en su alto campanario.

3.

Casi las tres marca el reloj de *El enigma de la hora*, que inaugura la llamada *pintura metafísica*. En muchos cuadros de De Chirico hay, sí, torres con relojes. Y también plazas, estatuas, maniqués y cartabones.

Confirmando esa prefiguración, en la *Sortierungsplatz* de Treblinka se construyó el trampantojo definitivo: una estación falsa, coronada por su gran reloj pintado y el compás imposible de sus manecillas estáticas.

4.

La barbarie nazi suele ilustrarse con paletadas de cuerpos exangües, trajes de rayas y rostros macilentos emergiendo de literas. Siendo atroces estos testimonios, no nos dicen nada de la aún más cruel realidad anicónica de los campos de exterminio de la *Einsatz Reinhard*.

La rutina del *Totenlager* es sencilla: arriba el transporte, se desaloja violentamente a los prisioneros hacinados en sus vagones, para introducirlos a golpes y gritos en un barracón, donde se les despoja de sus pertenencias, se les desnuda y se les corta el pelo. A la carrera son conducidos entonces por el *tubo* a las cámaras de gas, donde se les encierra durante el tiempo necesario, que es de algunos minutos. Resta desalojar los cadáveres y arrojarlos a los hornos crematorios. Todo tiene lugar rápidamente.

5.

No disponemos de imágenes de los campos de exterminio. La *ekphrasis* de la falsa estación puede apenas, en su condición de vórtice icónico, sugerirnos lo que no puede ser formulado visualmente, el horror en decantación extrema. Por eso es tan valiosa.

En verdad el *Lager es* una estación a la que llegan incesantemente los trenes, pero es una estación término. Dotar a ese punto de imposible retorno o tránsito de falsas taquillas, y falsos horarios, y letreros que indican “a Bialystock”, rodearla con bancales de flores, y hasta con un zoo (*Resultaba increíble*, nos dice Glazar, *parecía un spa*) no puede considerarse sólo como un crudelísimo sarcasmo o un esencialmente inútil *camouflage*.

El *diorama* de Treblinka es un emblema. Es preciso saber qué texto acompaña a esa *imago*. Es necesario reflexionar sobre la mera existencia de ese decorado hasta que el cerebro salte por los aires.

6.

El constructor de la estación se llama Franz Stangl, comandante del campo. En tanto que *edificador* se sitúa en una jerarquía que dominan el *charmant* y letal Albert Speer y, por supuesto, el *Führer*, que siempre se tomó como Supremo Arquitecto.

No despreciemos la arquitectura efímera de la estación de Treblinka, no es de menor significado que el *Zeppelfinfeld* o las desmesuradas maquetas de *Germania* que Hitler contemplaba extasiado junto a Speer.

Ataviado con su chaquetilla de equitación, de un blanco irritante, y blandiendo una pequeña fusta, Franz Stangl, que en su juventud dio clases de cítara, fue maestro tejedor, policía y *staff* de la T₄, donde se desarrolló el programa de eutanasia, se paseaba cada día desde muy temprano por el campo de Treblinka y contemplaba, complacido, la belleza de sus parterres.

Stangl se tenía por un hombre pulcro y un probo funcionario. Durante su año de gobierno se aniquiló en Treblinka a un millón de personas.

7.

El poder tiene la prerrogativa de gestionar los simulacros de su visualidad. Es en sus trampantojos donde podemos leer los significados profundos de sus acciones, forzosamente ocultas.

Los regímenes totalitarios pervierten el lenguaje, generando su propia panoplia de eufemismos. Si somos conscientes de ello (como Klemperer), sentimos malestar y nos gustaría exclamar: *hablemos claro de una vez*. De igual modo, existen eufemismos visuales. Quisiéramos gritar hasta quedarnos sin voz *veamos claro de una vez*, pero tal cosa no es factible, pues en esa escenografía todo es tramoya, y lo son especialmente los bastidores. Detrás, arriba, abajo, sólo la negrura de la muerte.

Cabe, como mucho, arrancarse los ojos, como Edipo.

Eso es el malestar óptico.

8.

Wstawać es, probablemente, el texto del emblema. La palabra maldita que sacaba a Primo Levi del sueño en Buna-Monowitz. *Levantaos*. Despertad a la muerte, contemplad la Gorgona.

El reloj de Treblinka es la mirada que nos devuelve el abismo, que nos petrifica y nos convierte en *Figuren*, en maniqués.

9.

Gitta Sereny preguntó a Stangl si Dios estaba en Treblinka. “Claro”, contestó él, “¿cómo, si no, pudo haber ocurrido todo eso?”.

Si Dios es, en efecto, el Gran Relojero del Cosmos, lo es de todos los relojes que en él hay, y, muy en particular, del de Treblinka.

En una comunicación temprana, se indica a los campos de la *Aktion Reinhard* que no es aconsejable una obscuridad total en las cámaras de gas,

pues el pánico arroja a la multitud contra la puerta y eso dificulta el posterior desalojo de los cadáveres.

En eso coinciden aparentemente con Santo Tomás, que en la *Summa Theologica* se pronuncia también sobre la conveniencia de la *medialuz* en el Infierno, para que los réprobos puedan contemplar los tormentos.

Lasciate ogni speranza se lee en el pórtico del Tártaro, que es una estación de pega.

10.

Acaso quepa concluir que estación-de-Treblinka es otro nombre para lo que solemos llamar cultura o civilización. Acaso el trampantojo es finalmente la realidad en su plenitud blasfema.

En todo caso, conviene dilucidar cuanto antes cuál es el mensaje de las flores de Treblinka.

Pues ya se oye, *una vez más y siempre*, el martilleo de los carpinteros, construyendo nuevos barracones en los que colocar carteles que digan, mentirosamente, “a Bialystock”.

Wstawać.